

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
PARA NIÑOS PECULIARES

2

LA CIUDAD DESOLADA

RANSOM RIGGS



CROSS
BOOKS

Ransom Riggs

EL HOGAR DE
MISS PEREGRINE
===== PARA =====
NIÑOS PECULIARES
===== 2 =====

LA CIUDAD DESOLADA

Traducción de Isabel Murillo



Crossbooks, 2016
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Hollow City*
© del texto: Ransom Riggs, 2014
© de la traducción: Isabel Murillo, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2016
ISBN: 978-84-08-14930-9
Depósito legal: B. 14.134-2016
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Cruzamos el puerto a remo, pasamos junto a embarcaciones que se balanceaban al son de las olas, supurando herrumbre entre las juntas, por delante de jurados de silenciosas aves marinas perchedas en lo alto de los restos de embarcaderos casi sumergidos y cubiertos de percebes, por delante de pescadores que abandonaban sus redes para mirarnos glacialmente a nuestro paso, sin saber muy bien si éramos reales o imaginarios; una procesión de fantasmas desfilando por el agua, o de futuros fantasmas. Éramos diez niños y un pájaro a bordo de tres inestables barquitas, remando con silenciosa intensidad hacia mar abierto, el único puerto seguro en muchos kilómetros a la redonda alejándose con rapidez a nuestras espaldas, agreste y mágico, bajo la luz azul dorada del amanecer. Nuestro objetivo, la tortuosa costa de Gales, estaba en algún lugar delante de nosotros pero apenas era visible, un borrón de tinta acuclillado en el lejano horizonte.

Pasamos frente al viejo faro, plácido en la distancia, escenario de tanto dolor la noche anterior. Era allí donde, con las bombas explotando sin cesar a nuestro alrededor, habíamos estado a punto de hundirnos, a punto de ser destrozados por las balas; donde había cogido una pistola, apretado el gatillo y matado a un hombre, un acto todavía incomprensible para mí; donde habíamos perdido a



Miss Peregrine para recuperarla después —arrancada de las mandíbulas de acero de un submarino—, aunque la Miss Peregrine que había vuelto a nosotros estaba maltrecha, necesitada de una ayuda que no sabíamos cómo darle. Permanecía ahora asentada en la popa de la barca, viendo desvanecerse el santuario que había creado, que iba perdiéndose a lo lejos a cada palada que dábamos.

Superamos por fin el rompeolas y nos adentramos en una oscuridad inmensa, y la superficie lisa de las aguas del puerto cedió paso a pequeñas olas que rompían contra los costados de las barcas. Oí un avión ensartándose entre las nubes por encima de nosotros y dejé de bogar un momento para levantar la cabeza, imaginándome cómo se vería nuestra minúscula flota desde aquella altura: el mundo que había elegido, y todo lo que yo poseía, nuestras preciosas y peculiares vidas, contenido en su totalidad en tres astillas de madera navegando a la deriva por el vasto ojo del mar, que jamás parpadeaba.

Misericordia.

Las barcas avanzaban con agilidad entre las olas, tres embarcaciones, una al lado de la otra, una amable corriente empujándolas hacia la costa. Remábamos por turnos, alternándonos en los remos para no caer en el agotamiento, aunque yo me sentía tan fuerte que durante casi una hora me negué a ser relevado. Me perdí en el ritmo de las paladas, los brazos trazando grandes elipses en el aire, como si estuviera tirando de alguna cosa que se negaba a acercarse. Hugh movía los remos delante de mí y, detrás de él, en la proa, estaba Emma, los ojos escondidos bajo el ala de una pámela, la cabeza inclinada sobre un mapa desplegado en el regazo. De vez en

cuando levantaba la vista del mapa para escudriñar el horizonte, y solo ver su cara iluminada por el sol me daba una energía que ni siquiera sabía que poseía.

Tenía la sensación de poder remar eternamente, hasta que Horace gritó desde una de las otras barcas para preguntar cuánto océano quedaba entre el punto donde nos encontrábamos y tierra firme. Emma miró entonces en dirección a la isla con los ojos entrecerrados y bajó a continuación la cabeza para estudiar el mapa y tomar medidas con la mano extendida. Respondió dubitativa:

—¿Siete kilómetros? —Pero Millard, que iba también en nuestra barca, le murmuró alguna cosa al oído. Emma puso mala cara, giró el mapa y frunció el entrecejo. Entonces dijo—: Ocho y medio, quería decir.

Cuando aquellas palabras salieron de su boca, me desanimé un poco, y vi que los demás también.

Ocho kilómetros y medio: un viaje que en el mareante transbordador que me había llevado hasta Cairnholm hacía unas semanas había sido de una hora. Una distancia que se cubría sin problemas con una embarcación a motor de cualquier tamaño. Un kilómetro y medio menos de lo que mis tíos en baja forma corrían con fines benéficos algún que otro fin de semana y solo unos cuantos más de los que mi madre presumía hacer en la máquina de remar de su elegante gimnasio. Pero el transbordador entre la isla y tierra firme no empezaría a estar de nuevo operativo hasta dentro de treinta años, y las máquinas de remar no iban cargadas de pasajeros y equipaje, ni tampoco requerían constantes correcciones para mantener el rumbo adecuado. Peor aún, el canal marítimo que estábamos cruzando era traicionero, famoso por haber engullido

montones de barcos: ocho kilómetros y medio de mar temperamental y de humor cambiante, su lecho repleto de verdosos restos de naufragios y huesos de marineros y, acechando en la impenetrable y profunda oscuridad, nuestros enemigos.

Los que estábamos preocupados por este tipo de cosas dábamos por sentado que los wights estaban cerca, por debajo de nosotros en el interior de aquel submarino alemán, a la espera. Si no se habían enterado todavía de que habíamos huido de la isla, no tardarían en descubrirlo. Era evidente que no habían hecho lo imposible por secuestrar a Miss Peregrine para luego claudicar tras un solo intento fallido. Los barcos de guerra que se desplazaban como lentos ciempiés en la lontananza y los aviones británicos que montaban guardia desde arriba hacían que fuera muy peligroso para el submarino emerger a superficie a plena luz de día, pero en cuanto cayera la noche, nos convertiríamos en presa fácil. Vendrían a por nosotros, se llevarían a Miss Peregrine y ahogarían al resto. De modo que seguimos remando; nuestra única esperanza de alcanzar tierra firme antes de que nos atrapara la noche.

Remamos hasta que nos dolieron los brazos y se nos agarrotó la espalda. Remamos hasta que la brisa matutina se calmó y el sol empezó a calentar como si lo hiciera a través de una lupa. El sudor se acumuló en el cuello de las camisas y caí en la cuenta de que nadie había pensado en cargar con agua fresca y que, en 1940, la protección solar se traducía en quedarse a la sombra. Remamos hasta que la piel empezó a desprenderse de las palmas de las manos y comprendimos que no podíamos dar ni una sola palada más, pero la dimos, y luego otra, y otra.

—Estás sudando a chorros —dijo Emma—. Deja que me ponga yo a los remos antes de que te fundas.

Su voz me despertó del atontamiento. Moví la cabeza en un gesto de agradecimiento y permití que se instalase en el bancal del remero, pero veinte minutos más tarde le pedí que me dejara ocupar de nuevo mi puesto. No me gustaban los pensamientos que me venían a la cabeza mientras el cuerpo estaba en reposo: escenas imaginarias de mi padre al despertarse y descubrir que había desaparecido de Cairnholm, la desconcertante carta de Emma ocupando mi lugar, el pánico que aquello provocaría. Fogonazos de recuerdos de cosas terribles que había presenciado últimamente: un monstruo tirando de mí para atráparme entre sus mandíbulas, mi psiquiatra cayendo muerto, un hombre enterrado en un ataúd de hielo y separado de forma momentánea del otro mundo para hablarme al oído en un ronco susurro. De manera que seguí remando a pesar del agotamiento, de una espalda que parecía que no iba a volver a enderezarse nunca más y de unas manos en carne viva por la fricción, e intenté no pensar en nada en absoluto; aquellos remos de plomo eran una condena a cadena perpetua y un bote salvavidas a la vez.

Bronwyn, al parecer inagotable, remaba sin ninguna ayuda en una de las barcas. Olive estaba sentada delante de ella, pero no podía ayudarla; a la diminuta niña le resultaba imposible tirar de los remos sin salir volando por los aires, donde cualquier ráfaga de viento la izaría como una cometa. De modo que Olive se limitaba a dar gritos de aliento mientras Bronwyn hacía el trabajo de dos... o de tres o cuatro, teniendo en cuenta las maletas y las cajas que cargaba su bote, llenas a rebosar de ropa, comida, mapas, libros y también de cosas mucho menos prácticas, como los diversos tarros

con corazones de reptil que contenía la mochila de Enoch; o el pomo de la puerta de casa de Miss Peregrine, un recuerdo que Hugh había encontrado tirado en la hierba cuando íbamos de camino a los botes y que al instante había decidido que no podía vivir sin él; o la voluminosa almohada que Horace había rescatado del esqueleto en llamas de la casa, su almohada de la suerte, decía, y lo único que mantenía a raya sus paralizantes pesadillas.

Había otros objetos que les resultaban tan valiosos que los niños seguían aferrados a ellos aun remando. Fiona sujetaba entre las rodillas una maceta con tierra de jardín llena de gusanos. Millard se había pintado la cara a rayas con un puñado de polvo de ladrillo pulverizado por las bombas, un gesto curioso que por lo visto formaba parte de un ritual de duelo. Y aunque las cosas que habían decidido conservar pudieran parecer raras, una parte de mí lo comprendía: era todo lo que les quedaba de su casa. Que supieran que la habían perdido no significaba que supieran cómo desprenderse de ella.

Después de tres horas de remar como esclavos en las galeras, la distancia había encogido la isla hasta dejarla del tamaño de un palmo. No se asemejaba en nada a la fatídica fortaleza de acantilados que había vislumbrado por vez primera hacía escasas semanas; ahora parecía frágil, un fragmento de piedra en peligro de acabar barrido por las olas.

—¡Mirad! —gritó Enoch, poniéndose en pie en el bote contiguo al nuestro—. ¡Está desapareciendo!

Una niebla espectral había engullido la isla, borrándola casi del paisaje, y dejamos de remar un momento para verla esfumarse por completo.

—Despedíos de nuestra isla —dijo Emma, incorporándose

—Esto no me gusta —dijo Bronwyn—. Si tenemos que esperar mucho, anochecerá y nos veremos obligados a enfrentarnos a cosas peores que el mal tiempo.

Entonces, como si la climatología hubiese oído a Bronwyn y decidido ponernos en el lugar que nos correspondía, el tiempo se volvió malo de verdad. El viento empezó a soplar con fuerza y en cuestión de un momento nuestro universo se transformó. Olas con crestas de espuma blanca azotaban el casco de las embarcaciones y derramaban agua gélida a nuestros pies. Luego llegó la lluvia, sus gotas taladrándonos la piel como balines. Al poco rato, nos zarrandeábamos como juguetes de goma en una bañera.

—¡Dirigid la proa contra las olas! —gritó Bronwyn, cortando el agua con los remos—. ¡Si nos cogen de costado zozobraremos! —Pero los niños estaban tan cansados, en su mayoría, que si apenas conseguían remar en aguas serenas, mucho menos podían hacerlo en un mar en ebullición, y el resto tenían tanto miedo que no podían ni asir los remos y acabaron aferrándose con desesperación a la regala.

Un auténtico muro de agua avanzaba hacia nosotros. Ascendimos la gigantesca ola, la barca haciendo la vertical bajo nosotros. Emma me abrazó y yo lo hice al escámo; detrás, Hugh se agarró al asiento enlazándolo con ambos brazos. Coronamos la ola como si fuese una montaña rusa, noté el estómago cayéndome a los pies, y

descendimos velozmente por el otro lado. Todo lo que no estaba sujeto —el mapa de Emma, la mochila de Hugh, la maleta roja con ruedecillas que cargaba conmigo desde Florida— salió volando por encima de nuestras cabezas y fue a parar al agua.

No había tiempo para preocuparse por lo perdido, puesto que de entrada no veíamos ni siquiera las demás barcas. Cuando la quilla recuperó el equilibrio, forzamos la vista para vislumbrar el interior de aquel remolino y gritamos los nombres de nuestros amigos. El silencio que siguió hasta que oímos voces respondiéndonos y vimos la barca de Enoch aparecer entre la niebla, con sus cuatro pasajeros a bordo agitando los brazos, fue terrible.

—¿Estáis bien?! —grité.

—¡Aquí! —chillaron ellos—. ¡Mirad hacia aquí!

Vi que nos hacían señas con la mano, pero dirigiendo nuestra atención hacia algo que había en el agua, a unos treinta metros de distancia: el casco de un bote zozobrado.

—¡Es la barca de Bronwyn y Olive! —gritó Emma.

Estaba boca abajo, el fondo oxidado mirando el cielo. No había ni rastro de las niñas.

—¡Tenemos que acercarnos más! —gritó Hugh, y olvidando por completo el agotamiento, cogimos los remos y avanzamos hacia allí, gritando sus nombres contra el viento.

Remamos entre la marea de prendas que emergía de las maletas abiertas, los vestidos arremolinados cobrando el aspecto de niñas ahogadas. El corazón me latía con fuerza, y a pesar de que estaba empapado, apenas sentía el frío. Nos reencontramos con la barca de Enoch al alcanzar el casco de la que capitaneara Bronwyn y, juntos, inspeccionamos el agua.

—¿Dónde están? —gimoteó Horace—. Si las hemos perdido...

océano, sino un amasijo de cáñamo tejido apenas visible entre todo aquel caos. Un tenso cabo marrón emergía del agua para desaparecer en la niebla. Olive debía de estar unida al otro extremo, invisible para nosotros.

Remamos hacia el cabo y Bronwyn empezó a recogerlo y, en cuestión de un minuto, Olive apareció entre la niebla flotando por encima de nuestras cabezas con un extremo anudado a la cintura. Había perdido los zapatos al volcar la barca, pero Bronwyn la había atado al cabo del ancla, cuyo extremo debía de reposar ahora en el fondo del mar. De no ser por esto, ahora estaría perdida entre las nubes. Olive se agarró a Bronwyn, uniendo las manos por detrás de su nuca, y gritó:

—¡Me has salvado, me has salvado!

Se abrazaron, y viéndolas se me hizo un nudo en la garganta.

—Pero no estamos todavía fuera de peligro —dijo Bronwyn—. Tenemos que alcanzar la costa antes de que anochezca o nuestros problemas no habrán hecho más que empezar.

La tempestad se había debilitado algo y los violentos golpes de mar empezaban a amortiguarse, pero la idea de dar una palada más, aun en aguas perfectamente tranquilas, era inimaginable. No habíamos recorrido ni siquiera la mitad del trayecto y estábamos desesperadamente agotados. Las punzadas de dolor que sentía en las manos eran terribles. Mis brazos parecían troncos de árbol. No solo eso, sino que el interminable balanceo de la barca estaba causando innegables efectos en mi estómago... y a juzgar por el color verdoso de la cara de los demás, no era el único que se sentía así.

—Descansaremos un poco —dijo Emma, intentando animar-

nos—. Descansaremos y achicaremos agua hasta que se levante la niebla...

—Este tipo de niebla tiene mentalidad propia —observó Enoch—. Puede pasarse días estancada. Oscurecerá en pocas horas, y en lo único que podremos confiar entonces es en sobrevivir hasta la mañana sin que los wights nos descubran. Estaremos del todo indefensos.

—Y sin agua —apuntó Hugh.

—Ni comida —añadió Millard.

Olive levantó los brazos y dijo:

—Yo sé dónde está.

—¿Dónde está el qué? —cuestionó Emma.

—La costa. La he visto cuando estaba allá arriba, sujeta a la cuerda. —En su ascenso, Olive había superado la niebla, explicó, y por un momento había disfrutado de una clara visión de tierra firme.

—Para lo que nos va a servir... —murmuró Enoch—. Desde que has bajado de allí, hemos dado vueltas en círculo al menos media docena de veces.

—Pues volved a subirme.

—¿Estás segura de lo que dices? —le preguntó Emma—. Es peligroso. ¿Y si te pillan una ráfaga de viento o se rompe la cuerda?

La expresión de Olive dejó patente su resolución.

—Subidme —insistió.

—Cuando se pone así, no hay manera de hacerla entrar en razón —les recordó Emma—. Coge la cuerda, Bronwyn.

—Eres la niña más valiente que he conocido en mi vida —dijo Bronwyn, y se puso manos a la obra. Tiró del ancla para sacarla del agua y subirla a bordo, y con el largo sobrante, unimos las dos bar-

cas para que no volviesen a separarse. A continuación, soltamos a Olive para que pudiera adentrarse en la niebla y alcanzar cielo abierto.

Se produjo entonces un extraño momento de quietud en el que todos nos quedamos mirando una cuerda que se adentraba en las nubes, la cabeza echada hacia atrás, a la espera de que el cielo nos mandara una señal.

Enoch rompió el silencio.

—¿Y bien? —gritó con impaciencia.

—¡La veo! —fue la respuesta, la voz de Olive un chirrido por encima del ruido blanco de las olas—. ¡Recto hacia adelante!

—¡Bien hecho! —exclamó Bronwyn, y mientras el resto nos llevábamos la mano a la barriga de pura angustia y nos dejábamos caer con impotencia sobre las bancadas, ella saltó a la barca principal, cogió los remos y empezó a bogar, guiada solo por la vocecita de Olive, un ángel invisible en el cielo.

—¡A la izquierda... más a la izquierda... no tanto!

Y así fuimos avanzando poco a poco hacia tierra firme, la niebla persiguiéndonos en todo momento, sus largos zarcillos grises que recordaban los dedos fantasmagóricos de la mano de un espectro intentando incansablemente hacerse con nosotros.

Como si la isla tampoco quisiera dejarnos marchar.